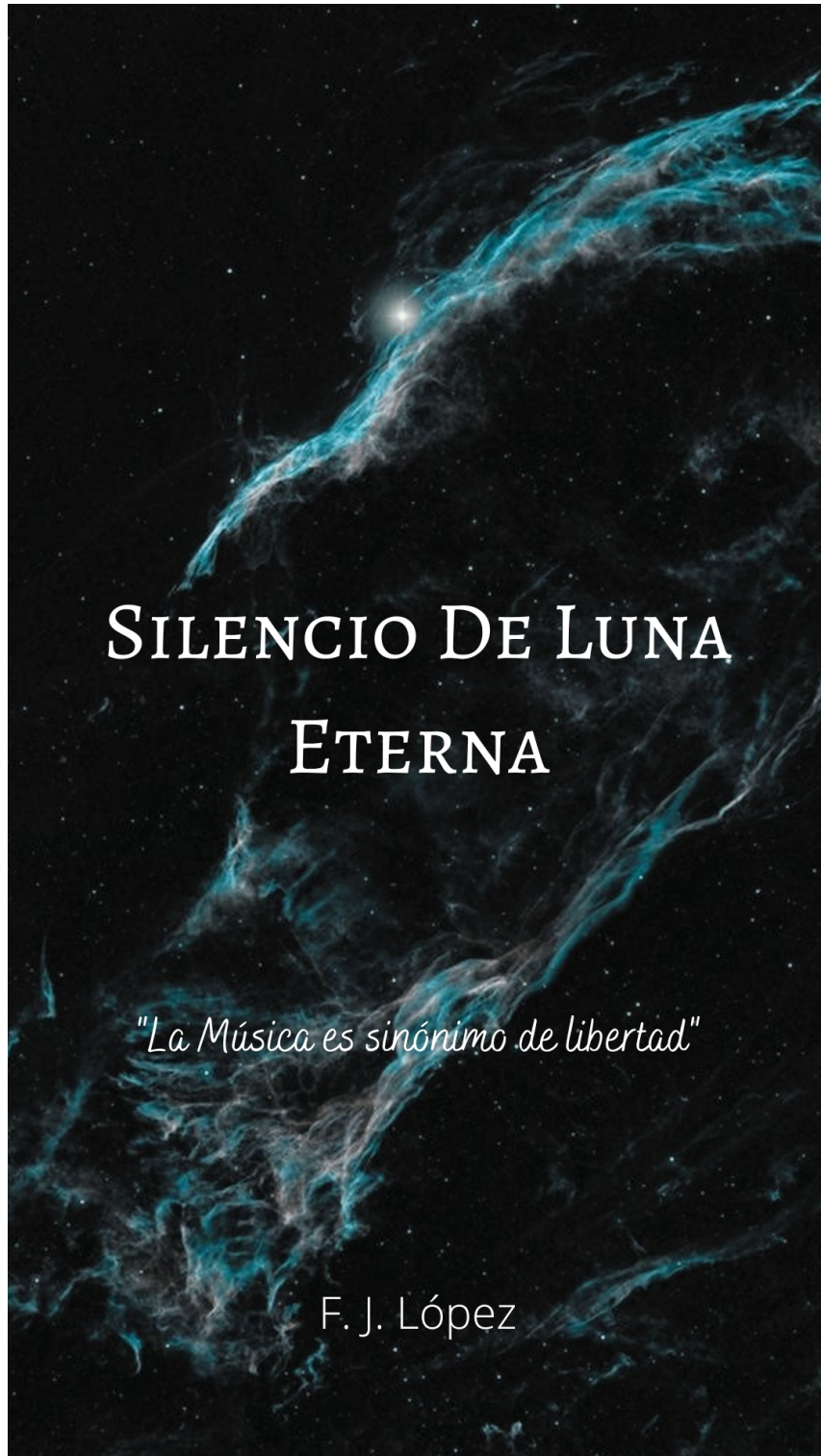


Silencio de Luna Eterna (PG -13)

F.J. López



Capítulo 1

Introducción

Las noches eran cada vez más largas. El resplandor del sol duraba lo que un parpadeo ante un inmediato destello de luz. El sonido de la calma era solo un vago recuerdo de lo que un día fue un suspiro apaciguador. Contener las lágrimas resultaba tan difícil como solicitar al mismísimo cielo que las gotas de lluvia dejaran de caer. Lo único que quedaba ahora eran aquellas notas. Notas que se incrustaron en lo más profundo de mi ser carcomiendo cada pensamiento y cada emoción.

Quizá aquel músico privilegiado que carecía del sentido para apreciar sus melodías no sufría de igual manera. Había ocasiones en las cuales habría querido ser él, con el único fin de no escuchar aquellas palabras. Palabras que lo único que lograban brotar de mi era culpa y temor. Sentimientos que permanecieron cada que escuchaba el finalizar de los aplausos y me sentaba a contemplar el dolor de cada acorde y cada armonía que era producto del trabajo de mis propias manos.

El silencio de muchos ante la sonata me recordaba aquellas interminables horas de sufrimiento, la música no significaba más que eso para mí en ese momento.

Flechas, lanzas y cuchillas que producían los más profundos cortes, mismos que abrían nuevamente aquellas heridas que se originaron por la misma causa. Dolor que envolvía cada partícula que conformaba mi cuerpo al resonar del golpeteo del macillo hacia la cuerda. Dolor que permanecía estático como si el mundo se paralizara en ese momento para perforar aún más y concluir con un agotador silencio que persistía hasta que el sonar de los aplausos se hacía presente otra vez.

Al inclinarme ante la ovación de la audiencia lograba ver su decepcionado rostro salir por aquella puerta. Temblores y una gran carga de ansiedad me dominaban cada que veía ese rostro. Nunca era suficiente. Nunca lo era. Tocaba mi brazo izquierdo pensando en lo que sucedería después. Intranquilidad era lo único que venía hacia mi cuando caminaba por aquel pasillo con la cabeza baja evitando mantener contacto visual con cualquiera que se encuentre cerca.

“Es un prodigio” “Nadie podrá equiparar ese tono” “Su tempo es impecable” “Esto es producto de su padre, su disciplina siempre fue inigualable” A pesar de las palabras positivas, nunca era suficiente. No para él...

Capítulo 2

Una Fuerte Tormenta

Tristeza, melancolía, pasividad; sentimientos o quizá síntomas de un corazón envenenado por una sociedad gangrenada por la soberbia y el egoísmo innato. A pesar de que la generalización en algunas ocasiones es un mal humano producido por la rabia y el resentimiento perteneciente a un episodio momentáneo que puede llegar a lastimar a otros; lastimosamente hay personas que pertenecen a este conjunto. Personas que nada más piensan con arrogancia y desconformidad con el único fin de inflar su ego opacando lo conseguido por otros.

Su mirada, sus profundos ojos, su rabia contenida laceraba sin la necesidad de sus fríos e intensos maltratos. Oscuridad, una gran sombra se impregnaba en mi espalda aquel instante. Una sombra que me acompañaría hasta que el dolor sea consumado por completo. Para desaparecer por algunos instantes y regresar como un necesario suspiro para mediar el llanto. Un llanto de abrumador inicio, pero de carente final.

Aislado, a un costado del salón principal él observaba como las rosas y los recuerdos de la audiencia llegaban hacia mí en elogios por lo que había interpretado. Mantenía sus manos detrás y no apartaba su mirada de mí.

— ¡Arthur! ¡Eso fue increíble! — dijo Christa eufóricamente acercándose hacia el joven prodigio.

Su padre, quien observaba a lo lejos apretó su puño inmediatamente después de que Christa lo abrazara con fuerza.

— Si. Fue realmente impresionante — mencionó la madre con una sonrisa en su rostro mientras sostenía con su mano izquierda el oxígeno de su niña.

— ¿Qué te parece si cenamos en mi casa? La pasaremos muy bien ¿qué dices?

Observó a su padre quien se acercó firmemente hacia el lugar y evocó el sonido de una solitaria letra demostrando duda e incomodidad.

— Arthur debe descansar, tuvo un día muy largo y debe prepararse para su siguiente concierto.

Christa se mostró muy triste y mantuvo su cabeza baja mientras observaba a Arthur marcharse junto a su padre.

— ¿Solo es eso verdad mamá? Vive para eso y para nada más ¿Qué sucederá con él? ¿Ya no podré volver a verlo?

La madre contuvo sus lágrimas y tomó la mano de su hija diciendo

— Comprendo tu preocupación por Arthur. Pero te aseguro que podrán volver a jugar y divertirse juntos. Seguramente algún momento se desocupará de sus asuntos y tendrá un pequeño tiempo libre.

— ¿En serio lo crees?

— Es una posibilidad

Tiempo, recurso tan valioso y tan menospreciado por algunos que no comprenden lo finito que puede llegar a ser. Recurso indispensable que da lugar a hermosos y oscuros momentos que marcarán de más de una manera a cientos. Recurso que se volverá anhelado y deseado por miles al percatarse del pobre uso que le dieron. Aspecto fundamental que se vuelve ajeno al préstamo. De exorbitante coste sobre todo cuando es empleado de la manera apropiada.

El sonido del timbre incomodó a Arthur quien se encontraba en el salón con su padre

— Repasaremos desde el inicio después. No te acomodes mucho en tu receso.

Sostenía temerosa su bolso antes de que la puerta se abriese

— Herr Strauss espero no interrumpir nada importante

El hombre dio un largo suspiro mencionando

— Frau Götz ¿Qué se le ofrece?

— Se trata de... se trata de Arthur

— ¿Qué sucede con él?

La mujer sujetó con fuerza la correa de su bolso que cargaba en su hombro derecho y con sus cristalinos ojos dijo.

— Mi hija. Ella es muy cercana a él y quería preguntarle si quizá podría brindarle un tiempo a Arthur para pasar tiempo con ella. Se que sus conciertos son muy importantes, pero he venido para solicitarle ese favor. Quizá un par de horas, se lo suplico. Está muy delicada y quisiera cumplir todos sus caprichos ¡Por favor!

Strauss bajó la cabeza dando otro suspiro, Arthur se acercó a la puerta observando que su padre ingresaba nuevamente y corrió a toda prisa hacia el salón como si se tratase del mismísimo director de escuela que inspeccionaría la travesura de un niño pequeño.

— Chopin - Op.25 No. 11 —mencionó Strauss después de cerrar la puerta del salón

Arthur bajó su cabeza hacia el piano y dio inicio con una tonada tan delicada que daba razón a una dulce balada. Dando la idea como si de una suave brisa se tratara, misma que se llevaba los diminutos copos que caían al suelo y los mezclaba con el blanco manto de nieve que los envolvía. De pronto, después de una brevísima pausa que indicaba calma, una indescriptible e inesperada ráfaga de notas mostró la más dura cara de aquella ventisca. Strauss mantenía sus ojos cerrados ante la tormenta y movía su cabeza de lado a lado intentando comprender el significado de esa abismal composición.

— No es mi tiempo —dijo deteniendo abruptamente a Arthur

El pequeño respiró profundamente, sus latidos empezaron a intensificarse y una gran bocanada de agua con ayuda de sus temblorosas manos dieron paso al siguiente intento.

Nuevamente aquella brisa se formó para dar paso a aquella tempestad. Arthur pensaba únicamente en la melodía y su majestuosa destreza. Algunos virtuosos aseguran que a pesar de que el intérprete tenga agilidad no basta para conseguir ejecutarla correctamente.

— NO ES MI TIEMPO —dijo Strauss mientras caminaba de lado a lado moviendo sus manos.

Arthur no se detuvo esta vez, continuó su interpretación. El caminar intranquilo de Strauss lo impacientaba. Levantó la mirada por unos segundos y su concentración se perdió por una minúscula fracción de tiempo, obligándolo otra vez a detenerse por completo.

Un fuerte golpe en la pared y la fractura de uno de los grandes ventanales ante la exagerada reacción de su padre tras aventar una de las sillas que se encontraba cerca lo obligó a reiniciar su respectiva entonación.

La madre de Christa, Margaret Götz escuchaba desde el otro lado de la delgada cerca todo lo que ocurría en la casa de los Strauss. Observaba la tarjeta con el número de Hans Strauss y la fecha del concierto.

— Tú puedes Arthur, sé que podrás hacerlo — dijo en voz baja antes de

marcharse hacia casa.

Siete años después

Su delicada voz, su dulce risa y su inocente alma. Un pequeño espíritu que ahora solo permanece en su memoria como un lejano recuerdo del cual se siente completamente arrepentido.

No pudo estar a su lado, ni un último adiós fue posible. Culpa y tristeza eran todo lo que lograban transmitir sus acordes. Lágrimas brotaban de su rostro cayendo directamente en el marfil. La ira, el resentimiento, la incapacidad de haber podido revertir la situación provocaron notas más intensas que plasmaban sus sentimientos con gran tensión en la melodía.

— Es muy hermosa, no había logrado apreciarla antes — dijo una bella jovencita de cabello rojizo que escuchaba desde la puerta del salón de música— ¿Se divide en tres partes verdad?

Es sorprendente que una persona con discapacidad auditiva la compusiera.

Anonadado de ver que aquella joven aún seguía en la escuela, bajó la tapa del teclado.

— Eres muy bueno en ello —decía acercándose hacia él.

Levantó la tapa del piano y se sentó a su lado

— La música no es mi fuerte, pero me invadieron las ganas de intentarlo

Arthur sumamente asustado se puso inmediatamente de pie

— ¿Suced algo?

— ¿Quieres que yo te enseñe? — preguntó ansioso

— ¿Lo harías?

Arthur bajó su cabeza y apretó sus puños

— No creo estar en la condición de hacerlo

— A mí me pareció que lo hacías muy bien — dijo mientras alentaba a Arthur a tomar asiento.

Los golpeteos con su mano en el cuero bordado del asiento dieron alusión al tic tac producido por el metrónomo, recordando inmediatamente el

rostro que tendría su padre si lo viese en aquella situación.

— Debo marcharme —dijo Arthur dejando sola a la jovencita de cabello rojizo en el salón.

Caminó hacia casa, con la cabeza baja observando únicamente los pasos que daba, ignorando por completo su alrededor. Su padre, era lo único que le preocupaba ese momento.

Seguramente se encuentra molesto. Quizá se quedará sin cenar otra vez. Tal vez fue muy lejos al mantenerse fuera de casa por tanto tiempo. Quizá su madre no lo habría querido así. Quizá ella permitiría ciertas conductas. Quizá su padre sería diferente si ella todavía se encontrase a su lado. Es tu culpa, siempre lo fue y eso se quedará en tu corazón hasta que este termine de latir y sea uno más con el barro.

La lluvia caía intensamente. No llevaba consigo una sombrilla y debía cubrirse de la misma como sea posible. Su bolso lo protegía vagamente, pero él sabía que era inútil. Logró divisar a una joven, quien se encontraba afuera de su casa. Sostenía una sombrilla de color rosa. Se acercó lentamente a esta y la observó de cerca.

— Arthur Strauss, por fin te conozco — dijo demostrando una bella sonrisa

Era sumamente hermosa, traía un gorro afelpado entre rosa y blanco. Dejaba denotar una larga y hermosa cabellera rubia. Sus ojos eran tan azules como el mismísimo cielo. Arthur quedó completamente anonadado. Desconocía a esta muchacha.

— Disculpa ¿Te conozco?

— Lo dudo, pero yo si a ti. Todo partidario de la música te conoce. Es un verdadero placer.

Arthur la invitó a pasar a casa, pues la lluvia se intensificaba cada vez más

— ¿Eres alumna de Herr Strauss?

— No, desafortunadamente no

El muchacho se generaba muchas más preguntas en su cabeza

— Bueno... —dijo ella un tanto dudosa

— Yo la llamé — escuchó la voz de su padre

Un penetrante escalofrío recorrió su cuerpo y lo obligó a ponerse de pie

— Herr Strauss no me percaté de... — dijo manteniendo su cabeza baja

— Kristine Ludwig tu maestro ya está aquí. Sé que te ayudará en lo que pueda, es el mejor.

Una mirada de sorpresa e incredulidad se notaba en el joven Strauss. Su padre los llevó hasta el salón de música.

— Vive muy cerca de aquí. Me percaté de sus deplorables intentos para interpretar Für Elise en la iglesia y pues no pude evitar pensar que podría ser tu discípula. Demuestra de lo que eres capaz y demuestra todo lo que has aprendido.

— Pero Herr Strauss —dijo Arthur antes de que su padre cerrara la puerta

Un incómodo silencio se apoderó del salón

— Bueno yo... — dijo la muchacha algo dudosa

Arthur tomó asiento y suspiró levantando la tapa que cubría el marfil del teclado.

— ¿Qué te parece si damos inicio?

La joven observó a Arthur de pie

— ¿Suced algo? — preguntó Arthur

— Me preguntaba si quizá podrías darme una demostración antes de iniciar

Strauss se encontraba algo sorprendido de su petición y preguntó nuevamente

— ¿Una demostración? ¿Quieres que interprete Für Elise antes de explicártela?

— El tercer movimiento

Arthur dio una sonrisa y esperó algunos segundos antes de dar inicio. Una velocidad y disciplina impecable dejó completamente sorprendida a Kristine. Su precisión era desorbitante. Nunca había presenciado con anterioridad tal talento. Una presión en su pecho y una sonrisa que no podía esconder se hicieron presentes con cada nota y cada melodía que salía de aquel piano. Su calma y tranquilidad al interpretar tal complejidad motivaban cada vez más a la joven, como si estuviera contemplando a

uno de sus más grandes ídolos. Cerró sus ojos y solo se concentró en aquel ritmo, ese tiempo y la armonía la cautivaron por completo.

Mientras tanto Arthur solo podía pensar en cada nota y precisar a cada segundo, su coordinación, aunque era inigualable, en su mente aún quedaba aquel miedo de errar. Su único propósito era hacerlo a la perfección tal y como su padre lo ha venido diciendo durante toda su trayectoria musical.

Capítulo 3

El Silencio

La tormenta continuaba incesante, Arthur terminaba de dar su primera clase. Aun se encontraba tembloroso por aquella experiencia. Le preocupaba el no haberlo hecho adecuadamente pues su voz tembló más de lo normal al dar explicaciones.

— Nos vemos mañana — dijo Kristine muy entusiasmada

Pensó que su padre lo esperaría en la entrada para regañarlo por no haberlo hecho adecuadamente, pero esta vez fue diferente. No había nadie a sus espaldas. Seguramente se encontraba en su dormitorio. Nunca nadie debía molestarlo cuando ingresaba ahí.

Arthur observó la fotografía de su madre que se encontraba en un hermoso portarretrato.

— Este fue un día muy extraño mamá. Una hermosa estudiante de mi escuela me solicitó ser su tutor y Herr Strauss me brindó la posibilidad de tener una discípula. Últimamente lo he visto algo diferente, ha estado más callado de lo habitual. Pasa la mayor parte de tiempo en su habitación y no lo he visto entrar al salón. Espero y esta situación mejore.

Las clases estaban por dar inicio. Se encontraba solitario en aquella fría banca. El exterior ocurría sin más, movimientos aislados que no lo inmutaban por nada del mundo. Risas, charlas, comentarios que no debían recibir mayor atención. La figura de una hermosa mujer era tallada en aquellas hojas. Un alargado cabello y unos cristalinos ojos eran visibles mientras aquel viaje continuaba su rumbo. Intentaba remarcar la belleza de su desconocida madre mientras el mundo seguía su camino.

Un camino que el no pudo o simplemente no quiso conocer. Un mundo banal que se conformaba de simplezas y calumnias.

— ¿Qué escuchas? — interrumpieron aquel viaje arrebatándole uno de sus audífonos.

Frédéric Stein, uno de sus más cercanos amigos. Lo acompañó desde primaria. Era su opuesto, él contemplaba aquellas banalidades como únicas y complejas.

— ¿Mozart?

— Saint-Säens

— Es increíble, he asistido a todos tus conciertos y nunca me he podido memorizar esos nombres.

Arthur movió el audífono de su oído y lo colocó en la mesa.

— ¿Qué harás después de clase?

Arthur desvió su mirada hacia el exterior por algunos segundos y la vio pasar lentamente. Era aquella jovencita de cabello rojizo. Se puso de pie de inmediato y salió del salón de clase para encontrarla, pero esta se había esfumado como el cruce fugaz de la más hermosa de las estrellas. Perdiéndose en el infinito espacio, como aquella canción desconocida que no quieres parar de escuchar por la descarga de sentimientos y sensaciones que te produce, pero que al llegar a su final tu mundo regresa a su vieja y aburrida cotidianidad.

— ¿Sucedio algo? — preguntó Stein acercándose a la puerta del salón

— No, no sucedió nada — aseguró algo desanimado

— ¿Harás algo después de la escuela?

— Tengo clases de piano

— ¿Clases de piano? Tú no recibes clases de piano, es absurdo

— Las doy. Mi padre me colocó una discípula

— ¡Vaya! Hasta que por fin nuestro querido Arthur tiene una oportunidad con una bella señorita, cuéntame ¿Cuál es su nombre?

— No la conoces

Stein se percató de que Arthur continuaba en la entrada observando de lado a lado. Se encontraba algo ansioso, pues una de sus manos golpeteaba su pantalón como si tratara de evadir algún pensamiento con una tonalidad o canción no presente.

— ¿Esperas a alguien?

Un gran suspiro de Strauss lo obligó a entrar nuevamente al salón y sentarse en su lugar.

El tiempo transcurrió lentamente hasta la tan ansiada hora del receso.

Arthur se colocó de pie y salió en dirección al salón de música.

Una triste melodía que llegaba directo al corazón revelaba una solitaria alma varada ante la clara luz de la luna. Una confundida alma que no lograba entender su destino ni su propósito en aquel lugar. Un vacío estanque que representaba la inquietante calma y el hermoso silencio de una luna que daba inicio un nuevo ciclo. Un silencio que permanece, un silencio que perdura, un desolado silencio que resiste.

Arthur observó el desértico salón mientras mencionaba con sus labios “Una solitaria alma como la luna en la noche más triste.

Las distantes estrellas no son compañía, lo único que se encuentra a su lado es su reflejo plasmado en el agua cristalina”

Se acercó al ventanal y observó desde lo alto a cada estudiante, cada persona, pero fue inútil. Él sabía que jamás regresaría, sabía que, aunque la llegase a encontrar, aquella oportunidad estaba completamente perdida. Fue un tonto, un tonto invadido por el miedo y la duda. Un tonto que jamás volverá a ver aquellos deslumbrantes ojos verdes. Un tonto que se quedó varado en aquella oscuridad.

La hora que marcaba el pronto regreso a casa había llegado, Strauss caminó nuevamente en dirección al salón para probar suerte, pero no resultó como lo esperaba. Alguien lo había cerrado, era imposible ingresar al mismo por este día.

La misma rutina de siempre, era una gran suerte que el día de hoy no haya presencia de nubes. Un soleado día ante una mente oscurecida. Decidió pasar por aquel parque. Aquellos columpios y juegos de los que parcialmente disfrutó en compañía de su vieja amiga. Sabe muy bien que ella está en paz ahora. La vida le cobró mucho sufrimiento a una edad tan corta. Se balanceaba lentamente jugueteando con la arena que yacía bajo sus pies.

Al levantar su mirada lo pudo observar, estático ante aquel árbol aprovechando su sombra. Un solitario gato negro lo juzgaba desde la lejanía, llevaba consigo un cascabel dorado y un collar de color azul. Un mundo aparentemente desconocido lo rodeaba. Arthur se colocó de pie y se acercó mientras este se mantuvo en aquel sitio.

— Hola amiguito ¿Estás perdido? —dijo mientras acariciaba su pelaje y revisaba que no había número alguno en aquel collar.

De pronto vio que alguien se agachó junto a él para acariciar al minino. Reconocía ese aroma, aquella melodía sonaba nuevamente en su mente. Aquellos ojos verdes aparecieron otra vez como por arte de magia. Como si el ansiado deseo solicitado a aquella estrella que cruzaba magníficamente el cielo se hiciera realidad. Es hermosa cabellera rojiza se

encontraba a solamente unos centímetros de él.

— ¡Tú! — dijo brevemente mientras hacía el imposible intento de ocultar aquella escondida sonrisa.

Se encontraba perplejo, ninguna otra palabra podía salir de su interior. Como si la poderosa pócima de su belleza lo hubiera paralizado por completo.

— ¿Lo has pensado? ¿Me enseñarás? — mencionó aquella jovencita sin hacer contacto visual alguno con Strauss.

— Si... — respondió débilmente

La joven se colocó de pie ondeando aquella brillante y hermosa cabellera.

— ¡Mañana! Después de clase en el auditorio de música.

Strauss cayó al suelo soltando una gran bocanada de aire que parecía haber contenido en sus pulmones. Fue inesperado, pero era lo que necesitaba. Necesitaba ver aquel brillo nuevamente, necesitaba contagiarse por aquella luz otra vez. La observó marcharse. No tenía reacción, solo podía contemplar su lento caminar hasta perderse en la lejanía.

Confundido y conmovido eran las palabras exactas para describir esa sensación. Una dulce embriaguez de sensaciones lo acompañó en el camino de regreso a casa.

Kristine ya se encontraba junto a la puerta, cargaba consigo una pequeña bolsa.

— ¡Hola! ¿Cómo estás? — dijo la hermosa joven con una cálida sonrisa y un intenso brillo en sus ojos.

Arthur abrió las puertas respondiendo con una sonrisa y un tenue....

— Todo muy bien. Acomodaré un poco el salón si gustas puedes acompañarme hasta que sea la hora de dar inicio.

La joven se encontraba veinte minutos antes de la hora que habían acordado.

— Arthur llegas temprano el día de hoy —mencionó su padre quien los observó ingresar a casa. Recibiéndolos extrañamente con una sonrisa y dos tasas de té y galletas.

Sorpresa y silencio fueron las respuestas de Arthur quien permaneció de pie algunos segundos intentando entender lo que sucedía. En sus quince

años de vida nunca vio a Herr Strauss comportarse de esa manera. Siempre lo recibía vagamente con un simple saludo o a veces ni siquiera se encontraba en casa para recibirlo. Nunca había un recibimiento remarcable en realidad.

Kristine se encontraba sentada junto a la pequeña mesita en la cual reposaba su taza.

— ¿Sucedó algo Arthur? — preguntó su padre

Arthur tomó asiento y algo asustado bebió el té sin dar respuesta alguna.

— Debo irme — mencionó Herr Strauss quien tomó apresuradamente su saco y salió despidiéndose encarecidamente de ambos.

— Tu padre parece gentil — dijo Kristine

Al escuchar aquello, el joven no dudó en dar una larga carcajada dejando una de las galletas a un costado para no atragantarse. Una larga e incómoda risa fue emitida por Arthur.

Kristine sonrió un poco para calmar la ansiedad, pero sin duda aquella risa le pareció muy extraña.

— ¿Dijó algo malo? — preguntó la señorita

— Creo que es mejor dar inicio —respondió Arthur dejando su taza y la bandeja en el lavaplatos automático antes de dirigirse al salón de música.

Se sentaron juntos ante el gran piano y la clase dio inicio. La hermosa señorita prestaba atención a cada palabra y cada aspecto que Strauss le indicaba. Intentaba no apartar la vista de sus manos y sus enseñanzas, pero siempre había segundos en los cuales levantaba su mirada y observaba el rostro de Arthur evocando una coqueta sonrisa.

— Arthur — dijo Kristine algo sonrojada

— ¿Sí? ¿Hay algo que no hayas entendido? —respondió

— Te traje algo, iba a entregártelo mientras tomábamos el té, pero no pude hacerlo.

Arthur sonrió y complementó

— Te agradezco mucho. Lo que sea que me hayas traído será muy bien recibido.

Kristine se colocó de pie y le entregó la pequeña bolsa que traía desde un inicio

— Yo lo preparé, quería que lo probaras sin la combinación del té o las galletas. Espero el chocolate aún se encuentra bien.

Arthur sacó lo que parecía ser un postre algo derretido

— Vaya un Indianerkrapfen ¡Tienes mucha habilidad!

Arthur dio un mordisco al mismo mientras Kristine observaba entusiasmada ante cualquier respuesta que brinde.

— ¡Está delicioso! Muchas gracias

— ¡Puedo traerte más si gustas! También puedo preparar pasteles con powidel, dukatenbuchteln, gugelhupf ¡Lo que desees!

— Me encantaría probarlos todos — respondió con una sonrisa.

Las mejillas de Kristine se tornaron de color rojizo por la emoción, su sonrisa podía dar a evidenciar lo mucho que le había gustado la respuesta de Arthur. Tras terminar aquel delicioso postre de vainilla cubierto con chocolate Arthur dio por finalizada la clase y acompañó a Kristine hacia la salida.

— ¿Entonces? ¿Nos vemos también el día de mañana? — dijo sonriente

Arthur sonrió y respondió

— Quizá el día de mañana se me complique un poco impartirte esta clase. Tengo un compromiso pendiente.

La sonrisa de Kristine se esfumó de su rostro inmediatamente, sin embargo, pensó por un momento y dijo.

— ¿Entonces después de mañana?

— ¡Si! Después de mañana podré darte aquella clase, incluso podríamos recuperar la que se perdería mañana.

Esa sonrisa y aquel brillo en los ojos de Kristine nuevamente regresó. Se marchó tranquilamente a su casa, mientras que Alan ingresó a casa y observó el retrato de su madre.

— Tendré una nueva discípula el día de mañana, pero ella es...
No sé cómo explicarlo, cada vez que la veo pareciese que el aire en mis pulmones se mantuviera retenido. Me quedo paralizado de tan solo verla

¿Cómo se llamaba este sentimiento? El temblor en todo tu cuerpo se intensifica, tu garganta se seca, pero el único brebaje que sacia esa sed es su presencia. Como si el mundo te entregara todo lo que buscabas simplemente con su mirada y su sonrisa. Es algo muy complejo de explicar, nunca me había sentido así.

Por otro lado, me preocupa papá, está actuando de una manera extraña, desearía poder entender qué es lo que le sucede. Desearía que estés aquí para que nos ayudes a ambos. Dulces sueños mamá.